



**CHIMAMANDA
NGOZI ADICHIE**

Querida Ijeawele
Cómo educar en el feminismo



El feminismo empieza en la educación. Con su voz cálida y directa, Chimamanda Ngozi Adichie dirige esta emotiva carta a una joven madre que acaba de dar a luz. En sus quince consejos, reivindica la formación de nuestros hijos en la igualdad y el respeto, el amor por los orígenes y la cultura. Una invitación a rechazar estereotipos, a abrazar el fracaso y a luchar por una sociedad más justa. Una bella misiva con reflexiones tan honestas como necesarias que conquistará por igual a madres, padres, hijos e hijas.

*Para Uju Egonu.
Y para mi hermanita, Ogechukwu Ikemelu.
Con muchísimo amor.*

INTRODUCCIÓN

Cuando, hace un par de años, una amiga de la infancia que se ha convertido en una mujer brillante, amable y fuerte me preguntó cómo criar a su hija para que fuera feminista, lo primero que pensé fue que no lo sabía.

Me pareció una tarea demasiado grande.

Pero yo había hablado públicamente de feminismo y quizá eso la indujo a suponerme una experta en la materia. A lo largo de los años también había ayudado a cuidar a los bebés de mis seres queridos; había trabajado de canguro y me había ocupado de mis sobrinos. Había observado y escuchado mucho y aún había pensado más.

Para responder a la petición de mi amiga decidí escribirle una carta, que confiaba fuera sincera y práctica al tiempo que sirviera también como una suerte de mapa de mi pensamiento feminista. Este libro es una versión de dicha carta, con algunos detalles modificados.

Ahora que también yo soy madre de una niña encantadora, me doy cuenta de lo fácil que es dar consejos sobre cómo criar a los hijos cuando no tienes que enfrentarte a la enorme complejidad que comporta.

No obstante, considero una urgencia moral mantener conversaciones sinceras acerca de educar de otro modo a los hijos, de crear un mundo más justo para hombre y mujeres.

Mi amiga me respondió que «intentaría» seguir mis sugerencias.

Y, al releerlas ya siendo madre, también yo estoy decidida a intentarlo.

QUERIDA IJEWELE

Querida Ijeawele:

Qué alegría. Y qué nombres tan bonitos: Chizalum Adora. Es preciosa. Solo tiene una semana de vida y el mundo ya le despierta la curiosidad. Qué cosa tan magnífica has hecho, traer al mundo a un ser humano. «Enhorabuena» se queda corto.

Tu nota me hizo llorar. Ya sabes que a veces me emocio como una tonta. Que sepas que me tomo tu encargo —cómo criar a una feminista— muy en serio. Y comprendo a lo que te refieres con no saber siempre cuál debería ser la respuesta feminista a determinadas situaciones. Para mí, el feminismo siempre es contextual. No tengo una norma grabada en piedra; lo más parecido a una fórmula que tengo son mis dos «Herramientas Feministas» y quisiera compartirlas contigo como punto de partida.

La primera es tu premisa, la creencia firme e inflexible de la que partes. ¿Cuál es tu premisa? Tu premisa feminista debería ser: Yo importo. Importo igual. No «en caso de». No «siempre y cuando». Importo equitativamente. Punto.

La segunda herramienta es una pregunta: ¿Puedes invertir X y obtener los mismos resultados?

Por ejemplo: mucha gente cree que la respuesta feminista de una mujer a la infidelidad del marido debería ser dejarlo. Pero yo creo que quedarse también puede ser una elección feminista, depende del contexto. Si Chudi se acuesta con otra y lo perdonas, ¿ocurriría lo mismo si tú te acostaras con otro? Si la respuesta es sí entonces la decisión de perdonarlo puede ser feminista porque no viene moldeada por una desigualdad de género. Tristemente, la

realidad en la mayoría de los matrimonios es que la respuesta a esa pregunta a menudo sería negativa, y por razones basadas en el género: esa idea de que «los hombres siempre serán hombres», que implica un nivel de exigencia mucho menor para ellos.

Se me ocurren algunas sugerencias para educar a Chizalum. Pero recuerda que puedes hacer todo lo que propongo y que, aun así, no salga como esperabas porque a veces la vida tiene esas cosas. Lo importante es que lo intentes. Y que siempre confíes en tus instintos, por encima de todo, porque te guiará el amor a tu hija.

Estas son mis sugerencias:

PRIMERA SUGERENCIA

Sé una persona plena. La maternidad es un don maravilloso, pero no te defines únicamente por ella. Sé una persona plena. Beneficiará a tu hija. Marlene Sanders, pionera periodista estadounidense (y madre de un niño) que fue la primera mujer en informar desde Vietnam durante la guerra, una vez aconsejó lo siguiente a otra periodista más joven: «Nunca te disculpes por trabajar. Te gusta lo que haces, y que te guste lo que haces es un regalo fantástico para tus hijos».

Me parece un consejo sabio y conmovedor. Ni siquiera tiene que gustarte tu trabajo, basta con que te guste lo que el trabajo hace por ti: la confianza y plenitud que se derivan de trabajar y ganarse la vida.

No me sorprende que tu cuñada opine que deberías ser una madre «tradicional» y quedarte en casa, que Chudi puede permitirse renunciar a una familia con «ingresos dobles».

La gente elige selectivamente la «tradicición» para justificar cualquier cosa. Dile que una familia con dobles ingresos corresponde a la auténtica tradición igbo porque antes del colonialismo británico las madres no solo cultivaban la tierra y comerciaban, sino que en algunas zonas de Igboland el comercio era tarea exclusiva de las mujeres. Tu cuñada ya lo sabría si leer no fuera para ella una empresa tan ajena. Bueno, ha sido un comentario mordaz para animarte. Sé que estás molesta —y con razón— pero en realidad es me-

jor no hacerle caso. Todo el mundo tendrá una opinión de lo que deberías hacer, pero lo importante es lo que tú quieras y no lo que los demás quieran que quieras. Rechaza, por favor, la idea de que maternidad y trabajo se excluyen mutuamente.

Nuestras madres trabajaban a jornada completa cuando éramos niñas y hemos salido bien, al menos tú, en mi caso el jurado aún delibera.

Durante estas primeras semanas de maternidad, trátate con indulgencia. Pide ayuda. Espera recibirla. No existen las *superwomen*. La crianza es cuestión de práctica... y amor. (Desearía que «criar» no se hubiera convertido en un verbo, porque lo considero la raíz de ese fenómeno global de clase media que hace de la «crianza» una travesía inquietante, interminable, cargada de culpa).

Concédete espacio para fracasar. Una madre novata no tiene necesariamente que saber cómo calmar a un niño que llora. No des por hecho que deberías saberlo todo. Lee libros, consulta internet, pregunta a padres mayores o simplemente aplica el sistema de prueba y error. Pero, por encima de todo, céntrate en seguir siendo una persona plena. Tómate tiempo para ti. Cultiva tus propias necesidades.

Por favor, no pienses que se trata de «hacerlo todo». Nuestra cultura aplaude la idea de las mujeres que «pueden con todo», pero no se cuestiona la premisa del elogio. No me interesa discutir de mujeres «que lo hacen todo» porque es una discusión que da por sentado que las tareas domésticas y los cuidados son ámbitos particularmente femeninos, una idea que rechazo enérgicamente. Las tareas domésticas y los cuidados debieran ser neutros desde el punto de vista del género y deberíamos preguntarnos no si una mujer «puede con todo», sino cómo ayudar a los progenitores en sus deberes comunes en la casa y el trabajo.

SEGUNDA SUGERENCIA

Hacedlo juntos. ¿Recuerdas que en primaria aprendimos que el verbo es una palabra de «acción»? Pues bien, un padre es tan verbo como una madre. Chudi debería hacer todo lo que la biología le permite, que es todo menos amamantar. En ocasiones las madres, tan condicionadas para ser y hacerlo todo, son cómplices de la reducción de la función de los padres. Podrías pensar que Chudi no la bañará exactamente como a ti te gustaría, que tal vez no le limpiará el culo tan bien como tú. ¿Y qué? ¿Qué es lo peor que podría pasar? Chizalum no morirá en manos de su padre. En serio. La quiere. Para ella es bueno que su padre la cuide. Así que mira para otro lado, refrena el perfeccionismo, controla ese sentido del deber condicionado por la sociedad. Compartid equitativamente los cuidados de la niña. La equidad, por supuesto, depende de ambos, y tendréis que buscar la manera, prestar igual atención a las necesidades de cada persona. No significa llevar un reparto diario ni al cincuenta por ciento, pero sabréis cuándo los cuidados se reparten de forma igualitaria. Lo sabréis por la ausencia de resentimiento. Porque cuando existe una equidad real no hay resentimiento.

Y por favor rechaza hablar de ayuda. Chudi no está «ayudándote» a cuidar de su hija. Está haciendo lo que debe hacer. Cuando decimos que los padres «ayudan», sugerimos que el cuidado de los hijos es un terreno materno en el que los padres se aventuran valerosamente. No lo es. ¿Te

imaginas cuánta gente sería mucho más feliz, más estable, colaborarían mejor en el mundo, si sus padres hubieran sido presencias activas durante su infancia? Y no digas nunca que Chudi está «haciendo de canguro», los canguros son gente para quienes el bebé no es una responsabilidad primaria.

Chudi no merece una gratitud o alabanza especial, ni tú tampoco: ambos elegisteis traer a un niño al mundo y la responsabilidad de dicho niño recae por igual sobre ambos. Sería distinto si fueras madre soltera, por circunstancias o elección, porque entonces «hacerlo juntos» no sería posible. Pero no deberías ser «madre soltera» a menos que lo seas de verdad.

Mi amigo Nwabu una vez me contó que, como su mujer lo dejó cuando los niños eran pequeños, él se convirtió en el Sr. Mamá, con lo que quería decir que se encargaba de los cuidados diarios. Pero no estaba ejerciendo de Sr. Mamá, simplemente hacía de padre.

TERCERA SUGERENCIA

Enséñale a tu hija que los «roles de género» son una solemne tontería. No le digas nunca que debe hacer algo o dejar de hacerlo «porque es una niña».

«Porque eres una niña» nunca es una razón para nada. Nunca.

Recuerdo que de cría me decían que me agachara «como es debido para barrer, como una niña». Con lo que querían decir que barrer es femenino. Ojalá me hubieran dicho: «Agáchate y barre como es debido porque así limpiarás mejor el suelo». Y desearía que a mis hermanos les hubieran dicho lo mismo.

Recientemente en las redes sociales nigerianas se ha debatido mucho sobre las mujeres y la cocina, sobre que las mujeres tienen que cocinar para el marido. Es curioso, de la manera en que son curiosas algunas cosas tristes, que en 2016 todavía estemos hablando de cocinar como una especie de «prueba de aptitud para el matrimonio» dirigida a las mujeres.

Saber cocinar no es un conocimiento preinstalado en la vagina. A cocinar se aprende. Cocinar —las tareas domésticas en general— es una habilidad que, idealmente, deberían tener tanto hombres como mujeres. También es una habilidad que puede escapárseles a hombres y mujeres.

De igual modo necesitamos cuestionar la idea del matrimonio como premio para las mujeres, porque es la base de estos debates absurdos. Si dejamos de condicionar a las

mujeres para que vean el matrimonio como un premio, entonces debatiremos menos acerca de la necesidad de cocinar de las mujeres para ganarse dicho premio.

Me parece interesante lo pronto que el mundo comienza a inventar roles de género. Ayer fui a una tienda para niños a comprarle ropa a Chizalum. En la sección de niñas vendían pálidas creaciones en tonos rosados. No me gustaron. En la sección de niño había prendas de vivos tonos azules. Como creo que el azul le sentaría muy bien a su piel morena —y es más fotogénico— le compré una prenda azul. A la hora de pagar, la cajera me dijo que había elegido el regalo perfecto para un niño. Le aclaré que era para una niña. Me miró horrorizada. «¿Azul para una niña?».

No puedo evitar preguntarme por el avezado mercadotécnico, hombre o mujer, que se inventó la pareja binaria del rosa y el azul. También había una sección «neutra», surtida de grises anodinos. «Neutra desde el punto de vista del género» es una tontería porque se fundamenta en la idea de que el azul es masculino y el rosa femenino y lo «neutro» una categoría en sí misma. ¿Por qué no, sencillamente, organizar la ropa de bebé por edades y colores? Al fin y al cabo, los cuerpos de los bebés y las bebés son similares.

Miré la sección de juguetería, también ordenada por géneros. Los juguetes para niños —trenes, coches— suelen ser activos y requieren «hacer» algo y los juguetes para niñas suelen ser «pasivos» y en su gran mayoría, muñecas. Me impactó. No me había percatado de lo pronto que la sociedad comienza a inventar ideas relativas a lo que debería ser un niño y lo que debería ser una niña.

Deseé que hubieran organizado los juguetes por tipos en lugar de por género.

¿Alguna vez te he contado que fui a un centro comercial estadounidense con una niña nigeriana de siete años y su madre? La niña vio un helicóptero de juguete, uno de esos trastos que se dirigen por control remoto, y le fascinó y pi-

dió uno. «No —le dijo la madre—. Ya tienes tus muñecas». A lo que la niña respondió: «Mamá, ¿solo voy a jugar con muñecas?».

No se me ha olvidado. Su madre tenía buenas intenciones, claro. Conocía de sobra las ideas sobre los roles de género: que las niñas juegan con muñecas y los niños con helicópteros. Ahora me pregunto, con tristeza, si la niñita se habría convertido en una ingeniera revolucionaria de habersele concedido la oportunidad de explorar aquel helicóptero.

Si no les ponemos a nuestros hijos la camisa de fuerza de los roles de género les dejamos espacio para que alcancen su máximo potencial. Piensa en Chizalum como en un individuo, por favor. No como en una niña que debería ser de una forma determinada. Ve sus puntos débiles y fuertes como los de un individuo. No la valores de acuerdo con lo que debería ser una niña. Valórala pensando en la mejor versión de sí misma.

Una vez una joven nigeriana me contó que durante años se había comportado «como un chico» —le gustaba el fútbol y le aburrían los vestidos—, hasta que su madre la obligó a renunciar a sus intereses «de chico» y ahora le agradecía a su madre que la ayudara a empezar a actuar como una chica. La historia me entristeció. Me pregunté qué partes de sí misma había tenido que acallar y enderezar, y me pregunté qué habría perdido su espíritu, porque lo que ella llamaba «comportarse como un chico» era simplemente comportarse tal cual era.

Otra conocida, una estadounidense que vivía en el noroeste del Pacífico, me contó que cuando llevó a su hijo de un año a un grupo de juegos infantiles, adonde las madres acompañaban a sus bebés, se fijó en que las madres de niñas eran muy controladoras, constantemente les decían a sus hijas «no toques eso» o «para quieta y sé buena» y se fijó también en que las madres de niños los animaban a explorar más y no los coartaban tanto y casi nunca les decían